

MITOPOYESIS DEL ORIGEN DEL FUEGO: SU SIGNIFICACIÓN ANTROPOLÓGICA

Juan Cuatrecasas

J. G. Frazer divide la historia de la Humanidad en tres etapas: primero la Edad sin fuego; segundo la Edad del fuego utilizado como *calor* y para cocción; y tercero la Edad del fuego-luz, es decir, como medio de iluminación. En efecto, todas las leyendas más arcaicas, suponen que el hombre tuvo que aprender el dominio del fuego y obtenerlo de los dioses. El origen del fuego para el hombre ha sido siempre un misterio, un fenómeno empapado de carácter sagrado.

La mitología griega también podría distinguir en la teogonía universal (o en la geogónica) dos grandes etapas: la del Caos primordial, que alienta la hierofanía del cielo y la tierra, de *Ouranos* y *Gea*; y la de los hijos de esta unión, que asisten al desencadenamiento de los cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego. De estos elementos, las divinidades olímpicas descubren al fuego y lo domestican como fuerza proteiforme y fecunda, que señala otro definitivo paso vinculado al mito de Zeus. Solo más tarde, Prometeo robará este tesoro energético a los dioses para llevarlo al reino de los hombres. Es curioso, recordar que los pitagóricos del siglo v (antes de C.) desarrollaron su sistema cosmogónico con un *centro* ocupado por el Fuego. Es decir, que el Fuego era el centro del universo, alrededor del cual gravitaban la anti-tierra, la tierra, el sol, y los cinco planetas. Es indiscutible que el fuego se reconoce como existente *in ilia tempore* en el universo. Pero los mitos teogónicos se ocupan de verlo utilizado por los dioses y de adjudicarle una simbología fecundamente creadora y espiritualizante. Mientras que los mitos antropológicos esbozan su descubrimiento y su manejo por el hombre, ligado a una simbología sexológica, o mejor, psicobiológica polimorfa.

Para considerar el aspecto antropológico de la mitología del fuego hay que remontarse a la prehistoria. O mejor dicho, hay que traspasar _ el umbral de la historia. Si bien en los mitos helénicos hallamos una cristalización filosófica y estética de un simbolismo elaborado, en los mitos de los pueblos primitivos hallamos elementos primarios variables dentro de lo que P. Diel ha llamado *homeomorfia*, es decir identificación genética que coincide con los resultados del análisis psicológico. La mentalidad mítica es una calidad del hombre arcaico. Para este tipo de hombre no hay otra forma de conocimiento que el mito. Y el mito del fuego (es decir, la mitología del fuego) es uno de los fenómenos antropológicos de mayor importancia para destacar el carácter evolutivo de la mentalidad humana y hasta para escudriñar muchos aspectos del pensamiento mítico, que aparecen entrelazados sin que lógicamente pudiera explicarse.

Hoy sabemos que el *Sinanthropus pekinensis* conocía el fuego. Los sedimentos de cenizas hallados en Chou-Kou-Tin lo demuestran. La paleontología nos descubre así que el hombre más arcaico conocido hasta ahora (Arqueantropus) era caníbal y hacía su fuego. Así fue una defensa y una fijación del hogar, una poderosa fuerza aglutinante de la familia. El hombre indujo a la mujer a mantener el fuego y a desempeñar el papel primero de compañera; sería también el primer alumbrado y la iniciación de las técnicas de cocción. También le atribuyen la virtud de actuar como factor inicial de la domesticación de animales.

Pero hay más: H. Weiner atribuye al descubrimiento del fuego el paso que dio el hombre zoológico hacia la humanidad. El salto de *"la reflexión"* sería producido por el estímulo psicológico del fuego. Con él se abre una perspectiva de pensamiento que antes era inconcebible. El fuego exige cuidado para su conservación. Exige colaboración estrecha entre varios hombres y un lenguaje para dar órdenes o para entenderse.

El trabajo de mantener el fuego sería la primera actividad humana racional no instintiva, que exige paciencia y previsión, que no es utilitaria, que obliga a la meditación y que inspira sensación de misterio. Podemos decir que es una técnica sagrada, quizá la más sacralizada del hombre arcaico. Por ello es la que dio origen a tantos mitos. Así la interpretación de Diel coincide con las enseñanzas de la paleo-antropología considerando al fuego como el primer invento o descubrimiento técnico trascendente del hombre.

El mito es una creación del inconsciente colectivo. Por ello en el mundo arcaico el mito del fuego surge con una constancia universal aunque con muchas variantes. Como el hombre prehistórico se halla sumergido en la vida mítica por su mentalidad animista, los mitos adquieren función de realidad psicológica en dicho universo. Al examinar los métodos primitivos para obtener el fuego, conservados por los pueblos actualmente salvajes, corroboramos la convicción de que el origen de los mitos sobre el descubrimiento del fuego coincide con la realidad protohistórica del acontecimiento. Realidad proyectada en forma semimetafórica y simbólica en todas las leyendas.

Los pueblos australianos utilizan la fricción de dos maderas en forma de barreno. En el África del Sud emplean la fricción al arco, o a la cuerda. En Polinesia y Malasia usan el pedernal de piedra; en Borneo y en la India se emplea la bomba de fuego formada por un cilindro de madera con un émbolo de amadón. El hombre paleolítico de la Europa Septentrional usaba pedernal de pirita y de sílice. En Greta se empleaban los métodos de frotación. Las estatuas —Menires de la civilización megalítica descubiertas en Córcega— presentan figuras masculinas con una ornamentación torácica interpretada por los arqueólogos como una *barrena de arco* para producir fuego. El culto megalítico incluía la producción de "fuegos nuevos" para purificar la comunidad. Hay restos de

cenizas en dichos templos. Y el hacha era símbolo de fuego celeste. El rayo se creía producido por un golpe de hacha sobre las nubes que rompía fuego con el rugir del trueno (Varagnac).

La variedad de métodos primitivos para hacer fuego se resume en dos tipos (clasificación de Harrison): Los métodos de percusión (pedernal y yesca) con bambú y porcelana y los métodos de fricción que son los más genuinamente arcaicos: por taladro o barreno; por frotación con buril y por aserramiento. Todos exhiben el simbolismo genital.

Entre los más sencillos y primarios mitos que la etnología descubre hallamos algunos que casi coinciden con una referencia legendaria del primer incendio o del primer fuego que vieron los hombres. En la tribu Bakongo (Congo) admiten que el fuego vino del cielo gracias a un rayo que cayó sobre un árbol, y lo inflamó. En una tribu de Victoria (África) dicen que un hombre lanzó contra el cielo una flecha atada con una cuerda y que al llegar la flecha al sol se inflamó y por la cuerda propagó la llama hacia la tierra. En la tribu de Queensland creen que el fuego se produjo por el incendio de un bosque al caer el rayo. Después lo conservaron hasta que el fuego se extinguió. Una vieja guardiana que no pudo evitar la desgracia salió buscando errante por el desierto hasta que, frotando violentamente dos ramas de un árbol para descargar su rabia, vio surgir nuevamente el fuego. El valor de la frotación como método primitivo es siempre reconocido.

En el libro de Frazer sobre "los mitos del origen del fuego" (1931) hay una completa recopilación de estas leyendas que se conservan en todas las zonas del mundo, y principalmente en los países donde existen culturas prehistóricas. El propio Frazer admite que a pesar de la fantasía que las envuelve, todas estas leyendas tienen un *elemento esencial de verdad*, es decir, un factor de autenticidad a través del pasado oscuro de la humanidad en las etapas que precedieron a la historia. Constituyen un relato, más o menos deformado y simbólicamente enriquecido; del descubrimiento fundamental representado por la adquisición del fuego.

En una gran mayoría de estas leyendas hallamos la intervención de animales, especialmente serpientes y dragones, y de mujeres. La mujer es frecuentemente un baluarte del fuego. Y en muchos mitos el fuego sale de la región genital de la mujer, o bien del abdomen.

En Wagawaga, bahía de Milne, al sudoeste de la Nueva Guinea, antes de que los hombres conocieran el fuego, vivía una mujer vieja Hamada Goga, que cuidaba de la comida de diez muchachos pero que, cuando estos se iban a la caza del jabalí, se cocinaba sus alimentos para ella sola con el fuego que salía de su cuerpo. Un día se escondió el más joven de los muchachos para observar cómo la vieja coga su propia

comida, y vio que sacaba el *fuego de entre sus muslos*. Al día siguiente lograron robarle una *brasa* encendida huyendo por el bosque perseguidos por la mujer. Se subió a un árbol caído pero el tizón encendido cayó al suelo prendiendo fuego a la hierba y a la cola de una serpiente que vivía dentro del tronco del árbol.

La serpiente se llamaba *Garubuya*. La vieja, con poderes mágicos, ordenó una lluvia torrentosa que apagó todo vestigio de llamas, pero la serpiente se retiró a su guarida dentro del árbol con la cola siempre encendida. Por eso, todos los pueblos de la vecindad iban a buscar el fuego en la cola de la serpiente, que salía de su escondite cuando la llamaban. *Garubuya* es el totem del Clan *Garubui* de *Wagawaga* (Frazer). He ahí dos elementos simbólicos de importancia: la mujer obtiene el fuego de su región genital y con ello enciende el hogar. Y ello es independiente de la edad, porque en este caso la vejez simboliza la brujería, la magia, que va unido al proceso de manejar el fuego. El otro elemento es la serpiente, símbolo fálico, cuya cola permanece siempre encendida a pesar de la lluvia. El carácter intrínseco del fuego orgánico del calor mágico simbolizado en este caso por la cola de la serpiente, símbolo fálico análogo al del órgano masculino de Cronos que rozaba con la espuma del océano para inflamarse.

Este simbolismo del calor mágico se relaciona también con la intervención (en los mitos del Fuego) de los llamados "Domadores del fuego", Además del poseedor y amo del fuego, sea dios, titán o bien hombre, y de los conservadores y re-creadores del fuego (mujer), existen los domadores (o maestros) del fuego, figura que en la Alquimia adquiere una peculiar importancia. Son los que logran utilizar el fuego para algo, más que calentar o iluminar; realizan la *transmutación* de los metales, de transformación de las cosas, o de los hombres. Es un poderoso elemento de la magia y de la Alquimia.

Así el alfarero que mediante el fuego logra modelar la forma de la arcilla es un mago análogo al que forja el hierro en el horno, cual es el herrero y el *forjador*. Dice M. Eliade que el primer herrero-forjador, el primer alfarero y el primer chamán fueron hermanos de sangre. Por ello el chamán no tiene poderes mágicos para producir la muerte de un herrero ni para *avatar* (tragar) su alma, porque esta alma "se conserva en fuego". En cambio, un herrero puede apoderarse del alma de un chamán y quemarla en las llamas.

Las culturas arcaicas consideran al chamán y al mago como domadores del fuego. Así puede un curandero tocar las brasas y las llamas y pasearse por encima del fuego sin ningún inconveniente. Es el poder que han heredado algunos fakires orientales. También pueden *producir* dentro de su cuerpo un *calor interior* que le vuelve al mago ardiente, quemante, poderoso. Este calor orgánico sacralizado es el *calor mágico*, que trasciende la condición humana.

La transmutación de la materia que realiza el fuego significa una aceleración de los procesos naturales producidos por el calor solar. Y también el calor interior determina

aceleración de la transmutación anímica. El alquimista intenta dominar el fuego y con él realizar la magia de la transmutación material ligada a la del espíritu. "Arder por un tierno amor —dice Bachelard— es apenas una imagen para quien sabe calentar un mercurio a fuego lento". Y a continuación transcribe estas palabras de Hitchcock: "el gran efecto del Amor es el de convertir toda cosa a su propia naturaleza que es toda bondad, toda dulzura, toda perfección. Es este poder divino el que cambia el agua en vino, el dolor y la angustia en júbilo exultante y triunfante". La Alquimia era un arte para hombres elegidos, iniciados en las técnicas de la retorta y en sus ritos de perfeccionamiento místico. Porque el Alquimista solo puede triunfar con su magia si su espíritu moralmente lo merece.

En las leyendas primitivas figura muchas veces un *domador* (o maestro) del fuego en forma animal. Así, por ejemplo, en la tribu Bakairis (Brasil central) creen que desde los primeros tiempos el dueño del fuego era un perro, *Canis Vetulus*. Para los Jibaros del Ecuador era un *pájaro-mosca*, y para los Arekunas del norte del Brasil era un pájaro-verde llamado *Prionites Momota*. Y para los Matacos (Gran, Chaco) era el *Jaguar*. La leyenda de los Bakairis, en síntesis, es la siguiente: El fuego fue descubierto en los primeros tiempos del mundo por dos hermanos gemelos llamados Keri y Kami, impulsados por su tía Ewaki. Un día, el domador del fuego *Canis Vetulus* estaba pescando con una red en la cual aprisionaba a los peces. Los dos gemelos paseando vieron la red y hallaron allí un pez llamado Jejum y un marisco llamado Caramujo. Para ocultarse penetraron dentro de ambos y Keri se convirtió en pez mientras Kami se ocultó en el cuerpo del marisco Caramujo. Cuando después el *Canis Vetulus* enciende el fuego y pone los pescados para asarlos, Ken y Kami dan grandes saltos y derraman agua sobre el fuego para apagarlo. *Canis Vetulus* intenta sacarlos, pero la agilidad de ambos triunfa. El *Canis* se fuga, presa de mal humor, y los gemelos Keri y Kami se quedan a soplar el fuego para reavivarlo y después ir a contarlo a su tía Ewaki con gran contento. He ahí un mito complejo, en el que interviene una tía (mujer-bruja-poder superior), los dos pequeños héroes (con poderes mágicos), los peces y un domador teriomorfo.

La interpretación antropológica de los mitos primitivos sobre el origen del fuego coincide con las aportaciones psicoanalíticas que se han ocupado de tema tan trascendente (Freud, Otto Rank, Frobenius, Paul Diel, G. Bachelard). Pero dejamos para otro trabajo el análisis psicológico. Solo hemos procurado examinar el aspecto antropológico del descubrimiento del fuego por el hombre y su trascendencia cultural en cuanto representa un factor mitogenético fundamental de la etapa animista de la humanidad. La función *mitopoyetica* es arcaica y homogénea, a pesar de la aparente variedad temática de las leyendas estudiadas en todo el mundo. En todas ellas interviene el sexo, factor instintivo que está estrechamente vinculado al origen mismo del fuego en la sociedad humana y a su simbolismo.

La primera etapa de "humanidad sin fuego" de Frazer resultaría así tan corta que podríamos aceptar que el descubrimiento del fuego coincide con el momento trascendente de la aparición del psiquismo humano, caracterizado por el lenguaje, por la reflexión, y por la cristalización de los arquetipos en el inconsciente colectivo. Alrededor del fuego, como técnica, aparece el cosmos celeste, la libido y el duende (domador del fuego) personificación de las fuerzas ocultas de la etapa animista. Con razón M. Eliade puede afirmar que la técnica del fuego es la que *primeramente se sacralizó* y la última que resiste a desacerualizarse en nuestra era contemporánea de mecanicismo científico.

Notas

(*) Profesor titular de las cátedras Antropología Cultural y Biología Humana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Bibliografía

FRAZER, J. G.: *Mythes sur l'origine du feu*. Payot, Paris, 1931.

HERSKOVITS, M.: *El hombre y sus obras*. Mexico, 1952.

VARAGNAC, A.: *L'Homme avant rEcriture*. Paris, 1959.

JUNG, C. G.: *Psicología y Alquimia*. Buenos Aires, 1943.

WEINERT, H.: *L'ascension intellectuelle de* Payot, Paris, 1946.

LACOMBE, P.: *La historia considerada como ciencia*. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1948.

ELIADE, M.: *Forgerons et Alchimistes*. Paris, 1956.

GOLLAN, J.: *La alquimia*. Buenos Aires, 1956.

WHITE, L. A.: *La Ciencia de la Cultura*. Paidós, Buenos Aires, 1964. RANK, O.: Apéndice a la obra de S. Freud *La science des rêves*. P.U.F., 1950. BACHELARD, G.: *Psicoandlisis del fuego*. Shapire, Buenos Aires, 1955.